

XVI.

UN DESIGNIO DE BATALLA.

Habiendo quedado Julia sola en Turín, gemía profundamente por la ceguedad de su señora infeliz.—¡Oh, cómo lo hace, decíase á sí propia, para dejarse alucinar de tal manera! ¡Caer de rodillas, extática, delante de un hato de campesinos necios, dejándose llevar de la nariz por cuatro ministros apóstatas y despedidos, que tienen un poco de cada cosa! E irse con una mujer.... ¡oh! ni aun en pintura la sufriría cerca de mí... Entre tanto, no ve los esplendores de la Iglesia católica, ni los milagros de la divina Providencia con este Papa prodigioso que con mil obispos gobierna el

mundo, en medio de las persecuciones, de sus martirios y de los fieles.... ¡Parece Jesucristo vuelto á la tierra....! ¡Y sin embargo, tiene buena fe! ¡Al pensar en ello me horrorizo...! ¡Dios mío, hasta qué punto pueden llevar las preocupaciones bebidas con la educación: pobres protestantes! Sólo el dedo de Dios puede romper su venda... Y sin embargo, lo quiero intentar, esperando que Dios me asistirá.... Más, ¿quien me aconseja? ¿Quién me guía? En tanto da vueltas ella para cegar, buscaré yo quien me ayude á romper el velo de su frente: es imposible que en una población tan grande como Turín no halle un hombre de Dios que me dé un buen consejo. Pero ¿cómo descubrirlo?—Llamó incontinenti á Kelerina, y la dijo:—Oye, ya que la señora nos deja solas aquí hasta el lunes, ¿quieres hacer lo que me parezca oportuno?

—Gustosamente: mándeme.

—¿Estás dispuesta? Mañana dejamos aparte la curiosidad, é invertimos algunas horas en hacer un poco de bien al alma: ¿te place?

—¿Y cuánto?

—Bien; nos levantaremos temprano, marchándonos á la iglesia, donde nos har-

taremos de bendiciones, de misas y de sacramentos, engordando para mucho tiempo. En Inglaterra se vive con mezquindad: una misa única, sola, solitaria, con poca gente que la oye, y con menos que comulga; á mí me place ver el templo lleno, las misas en dos ó tres altares, el comulgatorio completamente ocupado, los confesonarios con muchos que aguardan, las madres con sus hijos á su alrededor, procurando todos rogar á Jesucristo y santificarse en la presencia de Dios. . . . .

—¡Como en Tirol! exclamó Kelerina.

—Y en los demás países católicos, dijo Julia.

Su mayor deseo no era sólo ver un templo henchido de fieles, sino hallar un consejero excelente. Mas ¿á quien dirigirse? A nadie conocía en Turín. Marchó, pues, á tientas. Entró en el primer templo que presentósele delante, y allí con Kelerina hizo muy reposadamente sus devociones. Encaminóla el ministro de Dios, con quien se confesó, á un ilustre sacerdote, muy versado en las controversias protestantes, amonestándola para que le consultase. No lo dijo á un sordo. Dirigióse á él Julia llena de placer, juntamente con Kelerina.

La entrevista resultó para ella una especie de celestial revelación. Con la infantil sencillez, tan inexplicable y tan frecuente sin embargo en los católicos, se franqueó con aquel desconocido sacerdote, como si hubiera sido el íntimo confidente de su infancia. Resumió en pocas frases su pasada historia, su condición presente, y su designio de convertir á la familia protestante que la hospedaba. El sacerdote, después de averiguar minuciosamente su idea y la índole de los aludidos, aprobó ante todo por completo la conducta de la joven. Al oír las ansiadas frases, no supo contener ella el gozo de su corazón, y exclamó:— Bendigo, padre mio, el instante en que á su casa he venido; sus seguridades me dan un consuelo divino. Parecíame claro que ahora no podía obrar de otra suerte; pero no acababa de vivir tranquila con mi parecer. Temo sólo que tanto disimulo difiera las cosas en demasía; ansío ver aquellas queridas almas regeneradas por la verdad.

—No dejéis que os venza la impaciencia, dijo entonces el presbítero; el espíritu de Dios sopla cuando quiere, tocándonos sólo secundarle. Es preciso primeramente hacer al cielo violencia; persuadíos de que todas vuestras industrias, sin excluir las

más asombrosas que pudiérais inventar, se desvanecerían sin el socorro de Dios. Es de fe que vos, yo, y todos los misioneros de la tierra, incluso el Papa, somos impotentes para producir un mínimo movimiento de gracia interior. Lo cual no quiere decir que debemos permanecer con los brazos cruzados, sino, por el contrario, trabajar como si la conversión ajena dependiese no más de nosotros. Y la razón es que Dios generalmente obra en lo interior del corazón, acompañando la obra externa de sus siervos. ¿Os parece claro?

—Clarísimo.

—Entre todas nuestras industrias, la más importante de todas, después de la oración, la más necesaria y la más eficaz, no es discurrir bien, sino dar buen ejemplo.

—¡Ah, si supiese darlo! exclamó Julia con un vivo sentimiento de modestia.

—No es tan difícil como creéis. No hagais nada con el fin de que sea visto y admirado; mas cumplid fielmente los mandamientos de Dios y de la Iglesia; perdonad siempre sin ofenderos nunca, no por parecer mansa, sino por serlo: practicad vuestros ejercicios piadosos sin ostentación ni disimulo.

—¡Oh! ¿No convendría encubrir ciertas

prácticas no precisas, á fin de no lastimar?

—Explicaos.

—Por ejemplo, añadió Julia, me ha ocurrido encontrarme en el jardín rezando el rosario á la sombra de la gruta. Llega la señora, y escondo con viveza el rosario, para evitar habladurías.

—Señorita, no; no es el método mejor. Hubiera sido una imprudencia ir buscándola con el rosario pendiente; mas sorprendida con la mano en él, no lo debísteis esconder. Nuestra religion, que no teme la luz, nada tiene precisión de disimular ó encubrir. Desde los altísimos misterios de la Santísima Trinidad, hasta las más humildes prácticas del agua bendita, del rosario, del escapulario de la Virgen, todo es lógico y todo resplandece por su profunda filosofía; mejor dicho, todo está tomado de la sublime ciencia teológica. Avergüenzase sólo la Iglesia católica de la soberbia de algunos hijos suyos, que desprecian la oculta sublimidad de las prácticas más vulgares, y de la ignorancia de muchos que no las comprenden. Haced por estudiar asiduamente la religion, de modo que sepais defenderlo todo: estudiando, vereis salir torrentes de luz, é iluminarse con bellezas

maravillosas aún las oraciones que antes os parecían cosas de leve momento.

—Gracias á Dios, dijo Julia, no he olvidado nunca tal estudio, dulcísimo para mí.

—Tanto mejor. Pero añadid ahora lo más á propósito para las necesidades de las personas no católicas. Proporcionaos algunos libros.

—Necesitaré saber cuáles. ¿Me los diríais?

—Los siguientes. Ante todo, comprad un curso de teología para mujeres, á saber, un catecismo lleno, v. gr., el de Guillois. Repasadlo todo pausadamente, y tened vuestra ciencia en dinero contante, y aun en moneda menuda, con el fin de poderla expender siempre que sea necesario. Añadid la obra de Franco, *Objeciones más comunes*, en la cual hallareis sacos de doctrina y de razones de buen sentido, para triturar sólida y agradablemente todas las majaderías más usuales de los incrédulos en general. Para las preocupaciones propias de los protestantes anglicanos, hay muchos controversistas; pero vos, señorita, no debéis confundiros con demasiadas lecturas; proveos de las obras de Milner, de Newman y de Wiseman: producen oro batido y preparado según lo necesitan los

protestantes de buena fe. Ya que ha dado vuestra señora casi el corazón á los valdenses, debéis tener la obra recientísima del doctor Melia sobre ellos: es la más completa y segura que conozco. Si os gustase también un libro manual sobre la propia materia, adquirid el de Perrone, titulado *Los Valdenses*. Tampoco vendría mal el insigne trabajo de Charvaz....

—Por favor, dijo Julia interrumpiéndole. ¿Se dignaría darme una nota, y no decírmelo de viva voz?

—Con el mayor placer.—Al decir esto, puso el sacerdote una cuartilla de papel sobre su escritorio, tiñendo la pluma para escribir los nombres de los autores y los títulos de las obras, añadiendo en el ínterin: —Cuando residais por algún tiempo en cualquier punto, podré sugeriros más. Pero, creedme; no aprovecha lo mucho, sino más bien lo poco, estudiado concienzudamente.

Julia dijo entonces:—No se incomode ahora. Pasaré á recojer la nota, consultándole alguna cosa más. ¿Qué quiere? Vivo sola é inexperta entre los protestantes, teniendo en su virtud hambre de buenos avisos, de ser dirigida y aconsejada. ¿No se-

ría demasiado indiscreta si volviese? ¿Podría darme otro momento cualquiera?

El sacerdote contestó afirmativamente, y Julia dijo:—Entre tanto, ¿qué puntos debería estudiar con preferencia en estos libros?

—Vedlo todo, contestó el ministro de Dios; mas la experiencia enséñame que las cuestiones capitales con los protestantes de buena fe son pocas. Primera, la infalibilidad de la Iglesia y la obediencia á su Jefe debida: es la llave maestra de todo, y gracias á Dios tiene argumentos invencibles, de luz maravillosa, que han de persuadir á cualquier entendimiento, no enemigo jurado de la verdad. Segunda, la presencia real, que importa exponer con fórmulas claras y ciertas. Tercera, la intercesión de la Virgen y de los Santos: basta destruir las calumniosas ideas que los protestantes atribuyen á la Iglesia católica, para vencer en el debate. Insinúad, por último, las inefables dulzuras de la confesión. He aquí los puntos que se deben conocer y tratar...

—Son precisamente los más odiosos para los protestantes.

—Os engañais, señorita. Raros son los convertidos, no impulsados á la fe por los esplendores de dichas verdades.

—¿Aun por la confesión?

—Sí; aun por la confesión. Descontadas algunas excepciones, este sacramento, cuando es conocido, se transforma en un encanto, que atrae maravillosamente. Sé con absoluta certeza que algunos protestantes se convirtieron por el ansia de confesarse; conozco algunos que lo quisieron hacer á la fuerza con sacerdotes católicos, sin entrar por ello en el catolicismo. “Pero sabéis perfectamente que no puedo absolveros,” decía el sacerdote. “No importa, siento precisión de confesar mis culpas.” “Si es así, replicaba el sacerdote, ¿por qué no acudís á vuestro ministro?” “¿Qué queréis! El ministro es un hombre honrado, que trata bien á su mujer, y no da mal ejemplo; mas no me inspira confianza.” Y oír era preciso la confesión del infeliz.

—Entonces, añadió Julia, ¿de dónde nace que sus predicadores dicen sin cesar pestes contra la confesión?

—No debeis maravillaros: es la cosa más natural del mundo. Los predicadores de Italia saben demasiado bien qué pez muerde su anzuelo, y ponen por tanto en él lo que más le gusta. Díceles la experiencia que nunca jamás les oirá un católico instruido y honrado; fuerza es, por consiguien-

te, dirigirse al vulgo necio, á los ociosos y á los contaminados por todos los vicios. Ahora bien; paréceles á estos que sacan el premio mayor de la lotería si prescinden del precepto pascual, y los protestantes toman este lado débil, diciendo mil desatinos. No hay cosa tan fácil de persuadir como lo que al oyente place. También vereis alguna vez que los pobres apóstatas refieren de súbito ciertos escándalos mayúsculos, y hacen aspavientos citando textos de la Biblia. ¿Sabeis por qué? Procuran con este barniz de moralidad exterior contener los remordimientos de su conciencia, y aumentar el prestigio de la religión nueva, comodísima para vivir entre secretas abominaciones, sin el freno de la saludable manifestación de las culpas.

—Principio á comprender el misterio.

Continuó el sacerdote:—Lo dicho vale para los neófitos protestantes, que conservan un resto de conciencia. Por lo demás, la mayoría no cambia poco ni mucho, añadiendo solamente este artículo á su confesión: “Creo en las monedas que me da el ministro,” ó bien “creo en la sopa que comen mis hijos en la escuela protestante.” Mientras duran las monedas y la sopa, el precepto pascual no se cumple, ni se va

por supuesto á la iglesia, y aun se deja escribir el propio nombre entre los engañados por el ministro de quien hace mucho caso la sociedad bíblica. Y nada más. Con estos prueba grandemente hablar contra la confesión. Mas en los países protestantes conviene á los católicos hacer lo contrario, por el motivo también opuesto. Los que á la verdad se rinden son de ordinario, por no decir siempre, las personas cultas, y las más honradas, ó que más amargamente deploran cualquier trasgresión, ó que á lo ménos alimentan el ansia de disponerse á vivir en la gracia del Salvador. Hacedles comprender que el tribunal de la penitencia fué instituido por Jesús, y que se administra en la Iglesia romana un tesoro de perdón divino é indubitable; es claro que las almas buenas se enamorarán.

—Me persuade, dijo Julia.

—El hecho habla por sí. Tan falso es que no se puede tratar con los protestantes este punto, que aún entre ellos no es rara la confesión. Prescindamos de que se practica en algunos países, como en Suiza, y prescindamos también de los esfuerzos de los últimos años en Alemania. á fin de restablecerla: teneis en Inglaterra innume-

rables ejemplos cada día de confesión auricular. El gran partido de los *puseistas*, que abraza hoy ya una mitad de la iglesia anglicana, la predica, la promueve y la frecuenta (1).

—A la verdad, me dice cosas que me llenan de pasmo.

—Añado que los ministros quieren esto incontinenti, no espontáneamente, sino más bien para satisfacer las ansias de sus parroquianos. El impulso viene del interior, de los protestantes de buena fe, iluminados en medio de las doctrinas que salen de la

(1) Mientras escribimos estas líneas, cerca de quinientos ministros protestantes anglicanos firman un escrito común, en el que ruegan á sus Obispos que restablezcan la confesión, lo cual produce gran rumor en la Cámara de los Lores. Confiesa un orador que de veinte años á esta parte, males espantosos afligen á la alta iglesia (las numerosas conversiones al Catolicismo), y que dos ó trescientos ministros se han pasado á la Iglesia romana. Alábales porque son leales, y censura mucho á los que, viviendo con el pan de la Iglesia anglicana, se obstinan en introducir prácticas católicas; propone además que se nombre una comisión contra la confesión. La Cámara pone fin al debate no tomando resolución alguna, lo cual demuestra su sentido práctico. Nosotros votamos con los Lores, advirtiendo, sin embargo, á los buenos confesores y penitentes anglicanos, que antes de dar y recibir la absolución estudien á fondo la tesis de si los ministros son sacerdotes ó simples legos; averiguando después que los *reverendos* no son sacerdotes válidamente ordenados (cosa para nosotros indudable), no se entretendrán en confesar ni en confesarse; sin contar con que, suponiendo y no afirmando que un ministro fuese sacerdote, solo tendría jurisdicción como los sacerdotes cismáticos, en los casos extremos. Quien informarse quiera del movimiento laudable de los anglicanos para recobrar un sacramento que les arrebató Enrique VIII, consulte los periódicos de Francia é Inglaterra del 20 al 30 de Julio de 1873.

*archi*-protestante universidad de Oxford. Casi no puedo comprender cómo vuestra señora, que me pintais tan inclinada de suyo á la piedad, no ha dejado llevarse de la corriente que hoy arrastra casi á todos los protestantes que buscan la luz con amor sincero.

—Con todo, pasa lo contrario, diametralmente lo contrario. Cualquiera leve desconformidad con los treinta y nueve artículos le da tedio, y aborrece la confesión como cosa papista, pero principalmente porque los puseistas la desean restablecer entre los protestantes. ¡Ah, si hubiese un modo de tratar el asunto con ella! ¡Con una conciencia recta como la suya no podría menos de conseguirse algo! Considere que vive pensando en la Religión.

—Pues bien. Os prometo que tendreis la libertad de hablar con el corazón abierto, si aguardais que os la dé y no resolveis tomárosla. Vuestra presencia, las prácticas de vuestra religión, algún encuentro feliz, contribuirán á infundirle buenas ideas, dudas, reflexiones; descubriréis una benéfica melancolía, que una vez ú otra oscurecerá su frente, quitándole su ordinario gozo. Sin saber cómo ni de qué manera se desahogará un día con vos, confesándose me-

por que con un sacerdote. No soy profeta, ni soy hijo de profeta; pero es la infalible solución del problema, fundada en las leyes eternas de la psicología humana, y en la común economía de la gracia divina.

—¡Dios lo quiera! dijo Julia; recordando que la entrevista era demasiado gravosa para su interlocutor, con gentil discreción se puso en pie, y dijo:—Espero que tendreis la bondad de oírme otra vez aún hoy, cuando á buscar venga la nota de los libros: ahora no quiero abusar más de vuestras bondades con esta pobre desconocida.

—Hija, respondió el ministro de Dios; cuando cualquiera recurre al sacerdote para cosas espirituales, no es un desconocido, sino, por el contrario, un hijo muy estimado.

—Pues bien, sed mi padre (al decir estas palabras se arrodilló, y Kelerina hizo lo propio), confirmando vuestras amonestaciones con la bendición paternal.

Alzó la mano el sacerdote, y bendijo á entrambas. Al despedirse, dijo Julia:—Os prometo que apenas regrese á mi casa, escribiré cuanto me habeis dicho, considerando como mi regla de conducta.

la obra no es completa, y falta la parte...

## XVII.

### MÁS CONSEJOS AUN.

No necesitamos decir si acudió Julia puntualmente á la hora convenida, para recoger la nota de los libros, que se le prometiera en la entrevista de la mañana. Presentose al ministro de Dios con creciente confianza, y le alargó un cuadernillo de papel para que lo examinase, diciendo:—Dignaos pasar la vista por él.—Se maravilló el hombre de Dios y docto, al ver que había la muchacha en pocas páginas escrito en resumen limpiamente y dividido en capítulos, con sus propios epígrafes, toda la conversación anterior. No faltaba ninguna idea, y generalmente se habían conservado has-